

# Paolo e Francesca

*“Noi leggiavamo un giorno per diletto  
di Lancialotto come amor lo strinse;  
soli eravamo e sanza alcun sospetto.  
Per più fiate li occhi ci sospinse  
quella lettura, e scolorocci il viso;  
ma solo un punto fu quel che vi vinse.*

*Quando leggemo il disiato riso  
esser baciato da cotanto amante,  
questi, che mai da me non fia diviso,  
la bocca mi basciò tutto tremante.  
Galeotto fu 'l libro e chi lo scrisse:  
quel giorno più non vi leggemmo avante.”*

(Dante Alighieri, *Inferno*, V)

Manuel Palazón Blasco

Virgilio guiaba a Dante Alighieri por aquel “doloroso  
hospicio”: era  
su “Maestro” y “doctor”,  
y resume los accidentes (todos  
venéreos)  
que han perdido a Semíramis,  
a Dido,  
a Cleopatra,  
a Elena,  
a Aquiles,  
a Paris,  
a Tristán:  
oír los nombres de aquellas “damas antiguas”,  
de aquellos “caballeros”,  
remueve los fondos de su piedad,  
lo desvía.

Se le antoja en este punto saludar a “esos dos que van juntos”  
(decía  
a Paolo  
y Francesca):  
enteradme, “ánimas  
afanadas”,  
de la *historia* de vuestra suerte.  
Ellos titulan entonces al “Sommo Poeta” “animal  
gracioso  
y benigno”,  
y le ruegan que se compadezca de ellos,  
que han teñido “el mundo de sangre” (us  
*pervs!*).  
Decidme,  
dice,  
los principios del “tiempo de los dulces suspiros” y de “los  
deseos  
dudosos”.

¿Pedía el poeta “conocer la raíz  
primera  
de nuestro amor”?  
Nos fatigará acordarnos  
de tanto. Va,  
va.



Los prerrafaelitas gustaron de arrancar sus imágenes  
de la escritura, y glosaban  
luego  
con ella  
sus telas.

El tríptico que hizo Dante  
(¡Dante!)  
Gabriele Rossetti,  
uno de sus hermanos  
primeros,  
funciona como tebeo,  
con tres viñetas.  
Comentan, cada una de ellas, los versos de una estrofa.

“...¡Oh lasso,  
quanti dolci pensier, quanti disio  
menò costoro al doloroso passo!”<sup>1</sup>

En la lámina central los dos poetas con verduras se cogen de la mano,  
ven, en hoguera  
famosísima,  
a los jóvenes amantes,  
abrazados  
(y Amor los despeinaba  
todavía).

Dante Alighieri se echa la mano izquierda a la boca, los observa,  
me parece,  
aprensivo.

El pintor sienta a Paolo y Francesca en un escaño,  
delante de una ventana que les da una aureola irreverente (un  
nimbo  
paradójico),  
en un dormitorio (¿sería  
el matrimonial?)  
del palacio de Rímini.

Francesca leía para Paolo, su cuñado,  
leía en voz baja y suavísima,  
acariciando las palabras con el dedo que gasta su anillo  
de malcasada,  
leía por placer, leía  
para siempre,  
encerrada en el segundo círculo,  
y en el canto quinto,

---

<sup>1</sup> “¡Ay, infeliz, / cuántos dulces pensamientos, cuántos deseos / los arrastrarían hasta este doloroso paso!”

de un infierno  
fantástico,  
leía en aquella novela de caballerías, leía  
sin ningún cuidado,  
que no está su marido, Gianciotto, el mayor de los Malatesta,  
al cual apellidaban (tiene la naturaleza  
renga)  
“el Tullido”.  
Galeote ha arrimado,  
aparte,  
en un lugar delicioso,  
a Lanzarote del Lago y a la reina.  
Paolo y Francesca espían su conversación,  
varias veces levantan los ojos de la página ilustrada,  
o extravían, sus rostros, todos sus colores, y los hallan luego,  
aquí, cuando el mejor caballero del mundo balbucea,  
con miedo,  
primerizo,  
su pasión escondida,  
aquí, cuando la reina doña Ginebra,  
miseñora,  
coqueta,  
suspira,  
lo mira,  
se enciende. Sonríe  
ahora  
ella,  
y su amigo  
nuevo  
(su pasión lo estropeará  
para el Grial, le gana cielos  
más inmediatos)  
la besa en la boca,  
y en ese punto Paolo y Francesca los repiten, y se ponen  
perdidos  
de amor.

Hicieron con nosotros, se queja Francesca (¡no,  
no se quejaba!),  
pícara,  
la parte alcahueta de Galeote,  
el libro,  
y su autor,  
aquel día no seguimos adelante,  
claro,  
con la lectura.

Son muñecas  
rusas:  
un texto dentro de otro texto dentro de otro texto.  
Tú, que lees  
esto,  
en la corteza exterior;  
dentro,  
esto,  
dentro,  
el tríptico de Dante Gabriele Rossetti,  
dentro, el canto quinto del *Infierno*,  
y, luego,  
la pepita,  
la escena de Lanzarote del Lago y doña Ginebra en la  
habitación de motel.